Enrique Plasencia de la Parra

Personajes y escenarios de la rebelión delahuertista 1923-1924

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/
Miguel Ángel Porrúa

1998

324 + [XVI] p.

Ilustraciones y mapas

(Serie Historia Moderna y Contemporánea 30)

ISBN 968-842-862-0

Formato: PDF

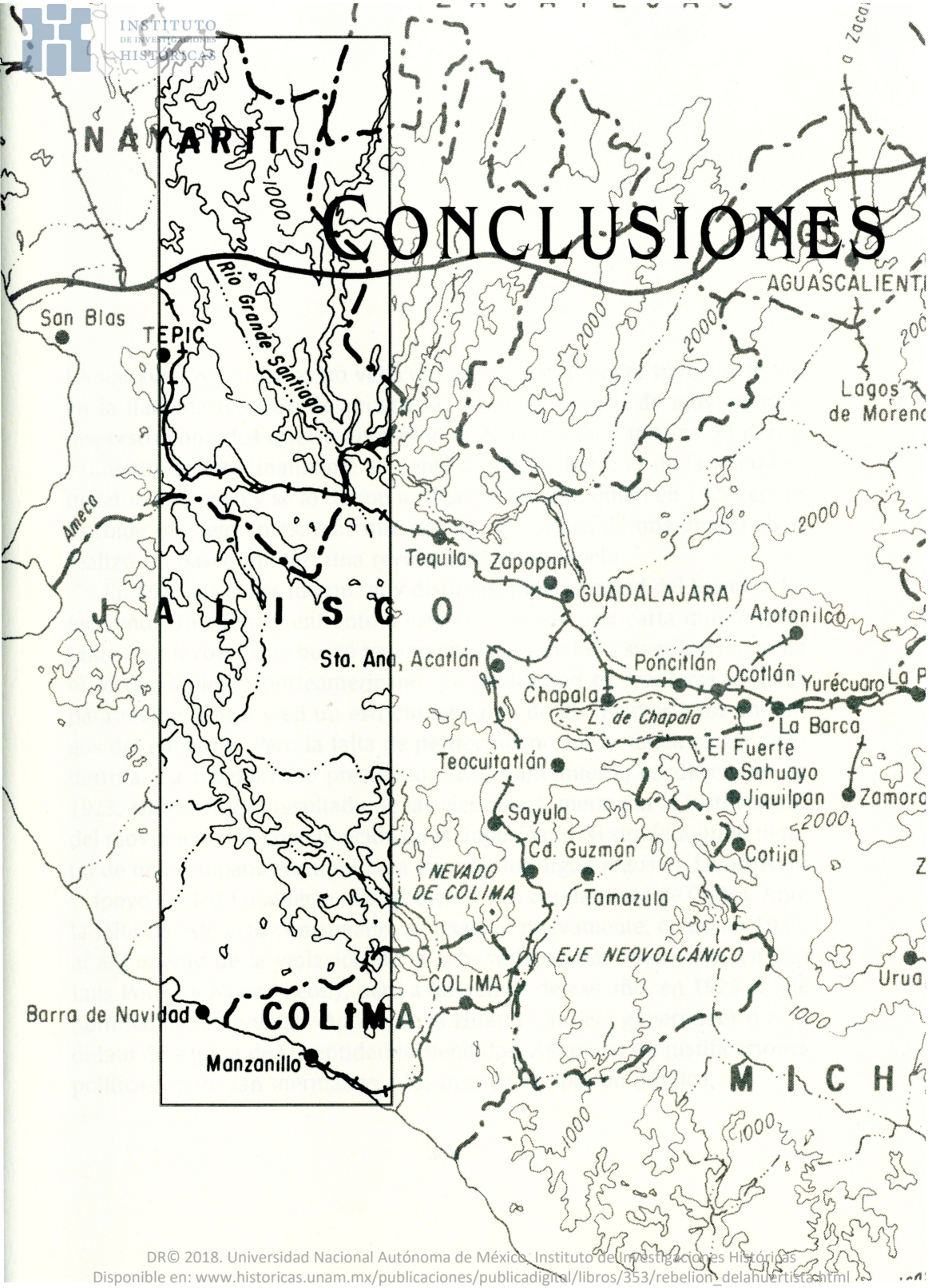
Publicado en línea: 29 de junio de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/353/rebelion_delahuertista.html

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS



CONCLUSIONES

DR© 2018. Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/353/rebelion_delahuertista.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR© 2018. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/353/rebelion_delahuertista.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

La sublevación militar como vehículo para llegar al poder tuvo su clímax en la llamada rebelión delahuertista. Ya no se trataba de movimientos dispersos como los que se opusieron al gobierno de Carranza. El derrocamiento de éste finalmente se debió a que los barones de la guerra le negaron su apoyo y se lo dieron a Álvaro Obregón, quien en 1920, como Iturbide un siglo antes, más que resultar victorioso de una guerra civil, realizó un paseo militar: una revolución de terciopelo.

En 1923 las cosas fueron muy distintas, pues la mitad del Ejército defeccionó. Obregón se enfrentó a este desafío con una carta muy importante a su favor, y que buscó tenazmente durante todo su gobierno: tenía el reconocimiento norteamericano que se tradujo en fronteras abiertas para recibir armas y en un estricto embargo de las mismas a los enemigos del gobierno. Pero la falta de pertrechos no fue la única causa de la derrota. La rebelión fue precipitada. El levantamiento en diciembre de 1923, sin esperar el resultado de las elecciones, mermaba la justificación del movimiento: la consumación de la imposición. Ni siquiera hubo tiempo de una campaña electoral para esgrimir los argumentos de favoritismo y apoyo –velado o abierto– del gobierno a la candidatura de Calles. Ante la falta de este acto consumado, se recurrió nuevamente, como en 1920, al argumento de la violación de la soberanía estatal (elecciones en San Luis Potosí y Nuevo León), pero a diferencia de ese año, en 1923 el jefe nominal de la revuelta –Adolfo de la Huerta–, no era gobernador o candidato de alguna de las entidades ofendidas. Así pues, las justificaciones políticas aparecían mermadas a los ojos de la opinión pública.

DR© 2018. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/353/rebelion_delahuertista.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Además de la precipitación y, a consecuencia de ella, estuvieron los grandes errores cometidos. No hubo una dirección adecuada, de hecho, es factible afirmar que De la Huerta no quería encabezar el movimiento. Predominaron los personalismos y la falta de cooperación entre los rebeldes. Ahí están los casos de Guadalupe Sánchez, que obstaculizó a Antonio I. Villarreal, el odio de García Vigil a De la Huerta, o la desconfianza de éste en Prieto Laurens y la de él en Zubarán... El movimiento, conforme transcurría, fue dando síntomas de esclerosis, a pesar de la vivacidad y movilidad que mostraron algunos jefes como Estrada, Cavazos y Maycotte. Esta parálisis se dio en buena parte por la incapacidad de algunos jefes militares para combatir en otros frentes, fuera del territorio que dominaban. Así sucedió con Sánchez en Veracruz, Figueroa en Guerrero, o Carlos Greene en Tabasco. La falta de triunfos, debida en parte a esta inmovilidad, fueron desacreditando al movimiento en la opinión pública y, más importante, facilitaron al general-presidente su combate: tuvo tiempo de hacerse de pertrechos, reclutar y movilizar tropas a donde se necesitaran.

También la dupla Obregón-Calles fue capaz de realizar alianzas con líderes, caciques y gobernadores que controlaban grupos armados de distinta índole. Estos grupos, la mayoría agraristas, compensaron el desequilibrio provocado por la alta defección de fuerzas regulares. Al terminar la rebelión, muchos de éstos fueron desarmados pues Obregón no quería que se repitieran y, con seguridad, magnificaran los conflictos que algunos de estos grupos habían protagonizado. Pero a la larga, sus líderes fueron beneficiados. Adalberto Tejeda en Veracruz tendría una influencia notable en su estado, aunque hay que aclarar, más por influencia de Calles que de Obregón, y en el cuatrienio callista llegaría a ser titular de la Secretaría de Gobernación. Tomás Garrido Canabal en Tabasco y Saturnino Cedillo en San Luis Potosí afianzarían su poder en esas entidades.

Se ha insistido en el destacado papel que tuvieron las fuerzas agraristas de tendencia progresista; pero se olvida que los aliados más importantes del gobierno no fueron los radicales de Veracruz organizados por Tejeda, o los de Puebla por José María Sánchez. Donde las fuerzas irregulares tuvieron un papel más destacado fue en los estados más aislados, donde las fuerzas regulares no podían llegar fácilmente a combatir

DR© 2018. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/353/rebelion_delahuertista.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

(recordemos que toda la marina defeccionó). Fue en esas regiones donde Obregón recuperó viejas alianzas con grupos anticarrancistas de tinte más bien reaccionario. Me refiero a los ex soberanistas oaxaqueños y a los *mapaches* chiapanecos, ambos grupos habían luchado con la bandera de la restauración de la Constitución de 1857. De los primeros, Isaac Ibarra fue gobernador interino en 1924 y luego senador, y Onofre Jiménez le ganó las elecciones a José Vasconcelos en ese mismo año. El jefe del mapachismo, Tiburcio Fernández Ruiz –quien ocupó la gubernatura del estado en 1920 como reconocimiento a su adhesión al plan de Agua Prieta–, en 1924 fue electo senador. En Guerrero, donde las fuerzas irregulares tuvieron un importante desempeño, fue algo distinto. Sus líderes, los hermanos Vidales y Valente de la Cruz, se enfrentaron rápidamente con el gobierno estatal y central al insistir en su enfrentamiento con los comerciantes españoles de Acapulco y con los grandes propietarios de la entidad, terminando por rebelarse en 1926, uniéndose a los cristeros. Sí, en Guerrero se dio el extraño caso de agraristas cristeros.

En contraparte a estas alianzas que resultaron efectivas para el gobierno, las de los rebeldes provenían de sectores que tradicionalmente les causa escozor el contacto con las armas. La burocracia federal, por ejemplo, tenía grandes simpatías por De la Huerta pero difícilmente iba a tomar una postura activa en favor del movimiento. A lo mucho, llegaron a aprovechar sus puestos para favorecer a los rebeldes, pero a riesgo de perder sus empleos. Así sucedió con numerosos empleados de aduanas que casi en su totalidad fueron cesados. Lo mismo puede decirse de distintos sectores de clase media que simpatizaban con De la Huerta. La campaña vasconcelista de 1929 aglutinaría con mayor éxito el espíritu civilista que en 1923-1924 no pudo emerger por sobre los intereses castrenses.

El apoyo de hacendados, propietarios y comerciantes existió efectivamente, pero hay que matizar las circunstancias y los escenarios donde se dio. En Veracruz, donde existía un conflicto intenso entre terratenientes y agraristas, el apoyo de los primeros a la rebelión fue más enérgico y dado con mayor convicción. En otras entidades este apoyo fue más coercitivo: préstamos forzosos, como en Oaxaca. El conservadurismo tapatío y la beligerancia retórica del gobernador José Guadalupe Zuno

DR© 2018. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/353/rebelion_delahuertista.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

propició que los hacendados y comerciantes apoyaran a Estrada. Pero también en este caso los préstamos forzosos tuvieron mucho que ver.

Algunas alianzas que De la Huerta tenía con sectores obreros desde que era ministro de Hacienda, como es el caso de los ferrocarrileros, fueron desaprovechados a causa de la desorganización del movimiento y por la escasez endémica de armas y parque.

La imagen de una simple asonada militar fue permeando a la opinión pública y, por tanto, desprestigiando al movimiento y sus causas. A esto no sólo contribuyó la propaganda del gobierno sino también la incapacidad de los rebeldes por revertir esa imagen. El giro nacionalista que se le quiso dar fue tardío, cuando la rebelión, militarmente hablando, estaba liquidada. Las propuestas de reparto agrario fueron igualmente tardías y ambiguas en sus fines. Los rebeldes nunca se pudieron sacudir el estigma de lo que ellos mismos habían iniciado: una mera rebelión militar en busca del poder. Figuras como Guadalupe Sánchez, Fortunato Maycotte, Enrique Estrada y Rómulo Figueroa no hacían más que confirmar esa imagen tan negativa de esta rebelión.

La ruptura de uno de los vértices del triángulo sonorense que se dio en 1923 prefiguró el alejamiento de los dos lados restantes. Efectivamente, en el combate a esta rebelión, Obregón mostró una notoria preferencia por la utilización de campesinos armados. De la misma forma, cuando buscó la reelección en 1928 su base de apoyo popular estuvo en el Partido Nacional Agrarista de Soto y Gama. Por el contrario, en 1923 Calles impulsó el reclutamiento de grupos obreros afiliados a la CROM de Morones. Pero como en la guerra el que mandaba era Obregón –quien ya comenzaba a distanciarse de esa central obrera–, este reclutamiento fue prácticamente suspendido. Pero en la otra campaña, la política, el candidato Calles basó la misma en la fuerza de la central de Morones. En el cuatrienio callista, este líder obrero se convertiría en el enemigo principal del intento reeleccionista de Obregón y todavía queda un velo de misterio sobre la mano que dirigió la pistola en La Bombilla, en julio de 1928.

DR© 2018. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/353/rebelion_delahuertista.html